

Natalia Mirza Labraga*

El género de lo que no se sabe, *gender queer*

Marcela...

“Estuve escondiéndome, tratando de pasar desapercibida, de correr el foco de mí durante todo el tiempo que estuve con ella. Como que, al no poder asumir una postura o definir mi identidad, no me podía definir en nada ni ser nada”. Así dice Marcela, aliviada por el lugar social reconquistado ahora al tener nuevamente un novio hombre, luego de un intervalo de un par de años en el que por primera vez en su vida estuvo en pareja con una mujer.

Marcela no se siente homosexual. Nunca se identificó a sí misma como lesbiana y nunca quiso dar a conocer su situación a su núcleo íntimo, excluyendo a su analista y a una amiga. Nunca quiso salir de ningún *closet* porque le resultaba más asfixiante el encasillamiento en una categoría determinada –lesbiana o bisexual– y sus consecuencias, que la relativa libertad que le daba el no admitirlo. “Para mí el *closet* es decir ‘soy lesbiana’”, dice en una formulación casi idéntica a la que leo un tiempo después en Judith Butler (2000): “Si yo proclamo ser una lesbiana, ‘me hago visible’ sólo para producir un *closet* nuevo” (p. 90).

Esta es una formulación que podría resultarnos familiar en la clínica del contexto actual, lo cual no quiere decir que no nos interpele y que no genere múltiples movimientos de interrogación, confrontándonos con “lo que no se sabe”.

* Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

¿Qué lugar ocupan en nuestra escucha las concepciones teórico-clínicas heteronormativas de la sexualidad? ¿Seguimos aferrados a “la pastoral genital”, como la llamaba Lacan? ¿Cómo se juegan aspectos políticamente correctos o de un esnobismo *open-mind* detrás de una postura supuestamente abierta y no censuradora? O, a su vez, ¿cuánto de eso mismo corre el riesgo de hacernos caer en una des-problematización de la sexualidad, haciendo alianza con una forma de desmentida que también tiene un aire a omnipotencia y a elusión de la castración? En definitiva, ¿qué cuerpo estamos pensando, hablando y escuchando hoy en día desde el psicoanálisis?

De nuestros binarismos –hombre/mujer, fálico/castrado, homosexual/heterosexual– a la impugnación de las categorías y la defensa de la ambigüedad del “género fluido” o *gender queer*, el golpe es fuerte y el recorrido es largo. Del cuerpo anatómico como algo real y la diferencia hombre/mujer como límite o punto de partida inapelable, al cuerpo como pura construcción cultural, ¿dónde ubicarse?

Marcela, de todos modos, sufre. No hay nada sencillo en su modo de vivir, tramitar, disfrutar o padecer su sexualidad. Da cuenta de un disfrazarse, “escondarse”, “pasar desapercibida” para sobrevivir; muestra cuánto necesita matar algo en ella para ser aceptada, porque no le es posible vivir en un “no lugar”, en las heterotopías del género.

Si bien el psicoanálisis siempre ha intentado apartarse de las cosmovisiones, es cierto que la rigidez y la soberbia nos atraviesan y que, en contradicción con lo que muchas veces propugnamos, somos presa fácil de juicios de valor y prejuicios, como cualquier otro ser humano o más todavía, porque a veces el rechazo y la intolerancia vienen disfrazados de adecuación o legitimados por un cierto saber. Aunque no pasó tanto tiempo desde que la homosexualidad era considerada una perversión y el transexualismo una psicosis, nuestra postura con respecto a estos temas parece ser ahora bastante más abierta. De todos modos, no nos engañemos, porque también es frecuente que el rechazo y la intolerancia se sostengan, disfrazados con conceptualizaciones tranquilizadoras.

No digo esto con ánimo de situarme en otro lugar, porque formo absolutamente parte de estas generaciones y siento también el impacto y lo desconcertante de la vertiginosidad extrema de algunos de los cambios contemporáneos, en particular aquellos que atañen a los cuerpos y su erotismo, así como sus modos de conformarse y deformarse. Por el contrario, hoy en día, me siento personalmente interpelada en cuanto a mis modos de concebir la sexualidad y el género, y es desde allí que escribo. No solo desde una perspectiva psicoanalítica, sino también desde una perspectiva de lo subjetivo que incluye dimensiones políticas y sociales. Y me reconozco “vergonzosamente”, para tomar la expresión que con provocación introduce Allouch, ignorante y desconocedora de muchas de las formas en que tales temas están en el tapete. “Los que fueron avergonzados por nuestras descripciones ‘clínicas’ hoy en gran parte obsoletas, y por las prácticas normalizantes que a menudo las acompañaban, nos han devuelto esa vergüenza en la cara” (Allouch, 2015, p. 14). Por algo en

1998¹ este autor recogía el desafío de Lacan de 1976: “Todo debe ser retomado desde el comienzo a partir de la opacidad sexual” y especialmente esto lleva al cuestionamiento de que la “máquina edípica” ordene la cuestión sexual (Allouch, 1999a, p. 8).

En su libro *Sustancias de lo imaginario*, por su parte, G. H. Melonetto (2004) postula cómo justamente los movimientos *gay and lesbian* y actualmente, sobre todo, los *queer* no solamente interrogan la cuestión de lo sexual, sino a la sociedad toda, en sus dimensiones sociales y políticas, de poder, atribuciones y performatividad, incluyendo también en estos cuestionamientos las categorías diagnósticas y los cuadros nosográficos, así como la propia metapsicología psicoanalítica y todas las construcciones imaginarias que parecen trastabillar y perder estabilidad, seguramente no para diluirse, pero sí para transformarse.

Y Lucía...

Lucía me dice entusiasmada: “Ahora entiendo un poco más... ¿Viste que yo te decía que no soy lesbiana ni soy bisexual? Que a mí me gusta la persona. Hay mujeres que me atraen y otras que no, y lo mismo me pasa con los hombres. Hoy escuché que eso se llama *gender queer*, género fluido”.

Lucía ya había hablado al comienzo de su análisis de cómo su deseo tenía estas características móviles, pero no había encontrado para ello una definición que no fuera por la negativa: “ni lesbiana ni bisexual”. Ahora llega con este hallazgo lingüístico que supuestamente da soporte a lo que ella “es”. Formulaciones desconcertantes en una joven que además hacía de estas formas del erotismo una realidad efectiva en su vida relacional y sexual, y que no parecía buscar tan solo un impacto en mí, así como tampoco adoptar tan solo una “pose” *cool*. Por otra parte, por lo menos en el momento del relato, la angustia no era un ingrediente sustancial. Lucía parecía saltar con libertad por sobre los límites y las barreras conscientes e inconscientes que esforzadamente estamos acostumbrados a respetar como neuróticos ciudadanos contemporáneos de una determinada región de Sudamérica². Como si levantara el pie para esquivar con elegancia una molesta fisura del terreno, del mismo modo parecía pasar por encima de la diferencia hombre/mujer, que no había llegado a marcar con rechazo, con desagrado, con culpa o con ambivalencia su opción sexual.

A la vez que escribo y releo estos comentarios puedo anticipar la reacción en los lectores. Los imagino pensando: “eso no debe ser tan así”, “se tratará de una defensa frente a la angustia” o “si no se angustia, entonces quizás es una paciente grave, que evidencia fallas en la represión”. De allí a trastorno de personalidad, patología *border*

1. Cf. Coloquio de la *École Lacanienne de psychanalyse* (1998).

2. Y de un país, como Uruguay, de fuertes contradicciones internas, en el que los polos van de lo más reaccionario, que reclama por la encarcelación de los menores y repele el procesamiento de los militares, a lo más progresista, que aprueba el matrimonio igualitario, legaliza el aborto y despenaliza el cultivo de marihuana (para hablar con mayor propiedad, es una ley de regulación del uso, venta y comercialización de la marihuana).

y rasgos perversos es solo un paso. Y bien, quizás muchas de esas alternativas, como ficciones psicopatológicas, tengan algo de verdad. ¿Acaso no acompañamos las formulaciones freudianas en relación con la represión, lo traumático y la angustia como inherentes a la sexualidad humana como tal, y desde allí estructurantes del psiquismo? ¿Acaso, en lo personal, no suscribo los planteos de Lacan acerca de que la angustia hace de barrera al goce y habilita el deseo?

Sin embargo, ¿y si más allá de estos posicionamientos, que por momentos corren el riesgo de volverse axiomáticos; si más allá de las capturas imaginarias con las que intentamos apaciguar nuestra necesidad de ordenamiento y clasificación, pudiéramos escuchar que Lucía, con sus apenas pero ya muy experimentados 20 años, está dando cuenta de un cambio, de una fractura en determinado tipo de lógica centrada en la castración y la diferencia binaria de sexos, que está denunciando un viraje en cuanto a las formas de pensar y vivir el erotismo y la sexualidad que no necesariamente están hablando de patología? O, por lo pronto, no de una patología diferente de aquella que nos atraviesa a todos.

Sin embargo, algo de su planteo queda haciendo “ruido” en mí: ella no duda conscientemente de su condición de mujer, y de hecho es una joven sumamente femenina. Podríamos decir, entonces, que no es su género lo fluido, sino, en todo caso, su opción sexual, pero que, necesitada de encontrarse y reconocerse en algún “lugar”, queda atrapada desde su propia enunciación que denuncia que quizás también para ella, determinada por el discurso heteronormativo que regula su cuerpo y su concepción de lo masculino y lo femenino, “desear” a una mujer parece volver más inestable y más fluido su propio género, su condición de mujer. De todos modos, es más fuerte la búsqueda de una “identidad” en la no identidad: “soy la que no se puede definir qué es”. Necesidad de una pertenencia, una filiación, una marca significativa que nombre y, por tanto, dé existencia.

Las pacientes que nos convocan parecen sublevarse frente a la presión social por la circunscripción y el encasillamiento de su deseo. La posibilidad misma de esa movilidad, que incluye también al género, está en el nudo del planteo *queer*³. La renuencia al atrapamiento en una categoría a la que le sea inherente una cierta práctica y un posicionamiento deconstructivo acerca de saberes, poderes y atribuciones. Dice Paul B. Preciado (2009), filósofo, discípulo de Derrida, postfeminista y uno de sus principales activistas y referentes teóricos:

Hubo un tiempo en el que la palabra “queer” sólo era un insulto. En lengua inglesa, desde su aparición en el siglo XVIII, “queer” servía para nombrar a aquel o aquello que por su condición de inútil, mal hecho, falso o excéntrico ponía en cuestión el buen funcionamiento del juego social. Eran “queer” el tramposo, el ladrón, el borracho, la oveja negra y la manzana podrida pero también todo aquel que por su peculiaridad o por su extrañeza no pudiera ser inmediatamente reconocido como hombre o mujer. La palabra “queer” no parecía tanto definir una

3. Denominado así por Teresa de Lauretis. Movimiento que surge y se aparta del feminismo y cuyos principales exponentes son también Donna Haraway, Judith Butler y Paul B. Preciado.

cualidad del objeto al que se refería, como indicar la incapacidad del sujeto que habla de encontrar una categoría en el ámbito de la representación que se ajuste a la complejidad de lo que pretende definir. Por tanto, desde el principio, “queer” es más la huella de un fallo en la representación lingüística que un simple adjetivo.

Lo *queer* surge, entonces, del acto lingüístico (pero también político, estético, performativo) de apropiación de un insulto que se transforma en una afirmación. Esta dimensión se pierde para el español, porque *queer* ya nos llega desde su valoración y no desde su lado denigrante. Sí podemos, de todos modos, retener esta noción de marca y de huella de una falla, lo cual se vuelve muy próximo a la concepción psicoanalítica de lo humano. De la falla en tanto constituyente de nosotros mismos, falla en la representación lingüística que no alcanza, pero que a la vez desborda, que supone tanto la pérdida como el exceso y la inadecuación; falla en los cuerpos, que siempre estarán incompletos, agujereados, desmembrados y fragmentados por la palabra; falla e imposibilidad para dar cuenta del género y de la sexualidad en la que estamos todos: incapaces, fallidos y erróneos, exiliados para siempre de la “cosa” pero prisioneros de armados imaginarios, todos somos *queer* y fallidos en relación con un deseo móvil, inatrapable, mestizo e inclasificable.

Por otro lado, la imposibilidad de la generalización, lo irrepetible de cada subjetividad y la concepción del Yo como mascarada sintonizan mucho más con este posicionamiento que cualquier otro discurso de género, incluyendo aquellos puramente feministas, *gay* o lesbianos que, por momentos, parecen paradójicamente reproducir la rigidez heteronormativa. Así como el psicoanálisis venía a traer la peste, lo *queer* se propone rarificar (*to queer*) y subvertir⁴ el dominio de la cultura hétero.

Sin embargo, los puntos de interrogación o hasta de posible fractura son muchos. ¿Cómo pensar psicoanalíticamente un posicionamiento que se sostenga en un alegato por la no definición, por la no opción? Reconocerse e identificarse con un género es aceptar la pérdida del otro, marca de la castración simbólica que confronta con la imposibilidad del todo y el uno, relanzando así la búsqueda y el movimiento del deseo. Ir más allá de ello, hacia la frontera con el goce y el exceso pulsional, en la imposibilidad de satisfacción, ¿podría tocar un borde de muerte si la angustia o el principio de placer no hacen de barrera?

Es muy difícil, frente a Lucía o Marcela, no hilar historias traumáticas que puedan dar cuenta de estas particulares constelaciones identitarias que ellas mismas necesitan, aun en la movilidad y aun en sus formas tan diferentes de vivirlas, una en la invisibilidad, otra en la visibilidad. ¿Cómo funcionan las subjetividades “nómades” de identificaciones móviles y fluctuantes, si no es en la misma paradójica desesoperación por formas de consolidarse frente a la amenaza de dilución?

El movimiento *queer* no se conforma con la reducción de la identidad *gay* a un estilo de vida asequible dentro de la sociedad de consumo neoliberal. Se trata de un movimiento postidentitario: *queer* no es una

4. Retomo palabras de David Halperin.

identidad más en el folklore multicultural, sino una posición de crítica atenta a los procesos de exclusión y de marginalización que genera toda ficción identitaria. (Preciado, 2015)

Pero la renuncia a la pertenencia a un género podría entonces sustituirse por la pertenencia a un colectivo, a una lucha... El/la propio/a Paul B. Preciado (2015) reconoce este dilema en él/ella:

Toda mi vida es un ejercicio de afirmación hiperbólica y de desidentificación al mismo tiempo. [...] quiero definirme absolutamente como transexual y me interesa esa definición como cuerpo subalterno que estoy fabricando yo [...] pero al mismo tiempo sé que eso es una ficción. Que sólo existe frente a un sistema normativo. Beatriz me llamaba antes, pero experimento a la vez un goce político extraordinario llamándome Paul, porque por primera vez estoy pidiendo la complicidad de toda la comunidad lingüística frente a mi deseo [...]. Paul es tan falso como Beatriz, los dos son ficciones políticas, pero la segunda es colectivamente construida: “os pido a vosotros que os creáis que yo me creo que juntos fabricamos a Paul”.

Y luego, sugestivamente, agrega: “He dejado una B, que queda por ahí colgando y que es como lo que queda del proceso de producción normativa, un resto”.

Paul se llamaba Beatriz. Beatriz se sometió a tratamientos de transformación hormonal (con parches de testosterona), pero no tanto por un afán transexual, sino más bien para ser testimonio vivo de los efectos del biopoder y de la regulación médica y farmacológica sobre los cuerpos⁵. Ensayos y transformaciones con bordes de *performance* que, sin embargo, dejan un resto. Lo que queda del nombre femenino atestigua esa otredad, testimonia el “ella” que también forma parte de “él”, a la manera de objeto “a” que cae y se pierde en cada circuito de la pulsión y en cada inscripción significante.

Judith Butler (2002), continuadora de los planteos de Foucault pero también tomando aportes de Derrida, sostiene que la materialidad de los cuerpos es efecto mismo de la repetición de acciones performativas sobre ellos: efecto repetido de actos y normas reguladoras del discurso y del poder que, a su vez, generan una respuesta en acto. A medida que se actúa se produce el género. Alega por una completa desustancialización del sexo –como cuerpo natural–, término que sería absorbido por el género, es decir, las significaciones sociales que asume ese sexo⁶ (p. 316 y pp. 323-325).

Cierto es que Lacan (1968-1969/2008) –señalado por Daniel Gil (2011)– también plantea que la diferencia hombre y mujer no está

5. Esto está documentado en su libro *Testo yonqui* (Preciado, 2008): “Este libro no es una autoficción. Es un protocolo de intoxicación voluntaria a base de testosterona sintética que concierne el cuerpo y los afectos de B.P. Es un ensayo corporal” (p. 15).

6. Hablar de actos performativos, si bien parece remitir a una tautología, alude a aquellos actos que engendran otros actos, y que bajo una aparente libertad suponen la coacción a un determinado hacer (Sandino, 2008, p. 20). Desde esa perspectiva y tan solo a modo ilustrativo, podríamos pensar el acto de aprobación de la ley del matrimonio igualitario también como coacción velada a los modelos de la heteronormatividad, y entender la resistencia a él por parte de algunos grupos *queer*.

sustentada en ninguna esencia, pero de todos modos postula que “el hecho de que haya dos es uno de los cimientos fundamentales de la realidad” (p. 204)⁷. El cuerpo construido de Lacan es el del signifi-
cante, para el que el destino no es la anatomía, sino el discurso, que
separa al cuerpo del sujeto, extendiendo a este último desde antes del
nacimiento hasta más allá de la muerte. Esto sería diferente del límite
que plantea lo real que, más que una construcción, parece suponer
una frontera inapelable (aunque secundaria a la apropiación imagi-
naria y simbólica) que lleva a que, salvo en caso de enfermedades
genéticas, alguien nacerá hombre o mujer.

El gran interrogante sería: ¿hasta qué punto podemos llevar la
desustancialización de esas categorías? ¿Hasta qué punto ser hombre
o mujer⁸ puede ser una opción, una acción/coacción del otro/Otro
sobre la persona más que un hecho genético? ¿Cuál es el costo psí-
quico de las manipulaciones y modificaciones químicas y quirúrgicas
de los cuerpos, que parecen suponer una abolición en acto de tales lí-
mites? La alta prevalencia de depresión y suicidios entre los trans ¿es
únicamente efecto del dolor de la marginalidad y la exclusión social?
Yo es otro, pero ¿hasta dónde no enloquece volver realidad efectiva
a esa otredad que nos habita? ¿Puede haber un deseo sin límite, sin
prohibición? ¿Cómo se acerca peligrosamente el anhelo de emanci-
pación del deseo a las vías más destructivas de la sexualidad? A un
cierto nihilismo que, como los planteos de Leo Bersani, apuntan a
señalar al sexo como “destructivo, egoísta, no relacional” (citado en
Halberstam, 2015, p. 107).

Seguramente estoy mostrando aquí el atravesamiento por los dis-
cursos de la teoría y la necesidad de un horizonte de representaciones
menos cambiante y móvil, que me ampare frente a la inquietud que
genera lo que queda sin respuesta, en la opacidad de lo que no se sabe.
De todos modos, me interesa sostener el malestar y preservar la posibi-
lidad de lógicas diferentes. En este sentido, más allá de lo controversial
de la erótica del “sexo del Amo” planteada por Allouch (2009), puedo
sintonizar con cierto posicionamiento de este autor en la línea de la
problematización del Edipo y la apertura a vías múltiples de sexuación,
que no sean categorizadas *a priori* como normales o perversas⁹.

¿Arte queer?

Más allá de nuestra práctica clínica, el arte es la única otra vía por la
que nos podemos acercar a ciertas formas de vibrar y sentir diferen-
tes a las nuestras que, de otro modo, viviríamos tan solo como ajenas
o exóticas, y no serían capaces de conmovernos. Pero además, el arte
tiene esa capacidad maravillosa de dibujar rápidamente el boceto de

7. Efectivamente, el cuerpo es de la realidad, pero acompaño a Colette Soler (2010) cuando
plantea que lo es “en el sentido de que la realidad, después de Freud, tiene un estatuto subordinado:
es algo que se construye” (p. 1).

8. O de qué modo serlo, como plantea Daniel Gil en el *Elogio de la diferencia* (2011, p. 195)

9. Ya señalaba Allouch (2009) cómo Lacan, retomando al Freud de los *Tres ensayos*, decía que la
perversión era normal.

una época y transmitir la atmósfera de un tiempo. Solo podríamos
hablar de un “arte *queer*” –si es que existe como tal– en el sentido de
un arte que tenga como finalidad deconstruir y poner en cuestión,
incluso caricaturizando o denigrando, el discurso hegemónico de un
tiempo y espacio específico.

A modo de breves ejemplos:

En genuino gesto *queer*, la muestra *Arte degenerado*, el año pasado,
en la Fundación Engelman Ost, en Montevideo, se apropia de lo que sur-
ge en un principio para nombrar lo abyecto y lo rechazado del arte –las
pinturas que Hitler aunó en una siniestra muestra y calificó como “dege-
neradas” por no estar consagradas a los valores de la sangre y la tierra–
para dar cuenta de una puesta en cuestión del tema del género.

Dice el texto curatorial: “Degenerado, fuera de género, un arte
que se aparta del binarismo femenino-masculino, hombre-mujer,
heterosexual-homosexual, activo-pasivo, fuerte-debil y un largo et-
cétera. [...] ¿Es posible generar un discurso desde el arte que muestre
lo que está en juego sin pretender demostrar nada?” (Barrios, 2016).
Quien lo escribe, Fernando Barrios, es además psicoanalista y poe-
ta, y nos interpela desde *Derivas sur* (2016), su particular invención
de “performance textual”: “Hablar porque se tiene el ala rota, como
todos, pero algo diferente, porque las suralternidades se suman y se
puede ser pobre y negro y puto y feo o gordo y se puede crecer oyen-
do como insulto los propios rasgos”.

Desde la otra orilla, en la muestra *Proyecto visible*, Effy Beth
(2012), una activista transexual bonaerense que finalmente se suicidó
en 2014, alteró en una *performance* la vestimenta de todos los que la
visitaron haciéndoles lucir un vestido con una historia muy especial
para ella. Era el mismo vestido ajustado que usó en una celebración,
cuando todavía era Lucas, y que dividió a su familia en dos, entre los
que la aceptaron así y los que no. Nuevamente aquí, apropiación de
la marca del rechazo para hacer de ello algo creativo y una denuncia.
Effy armó una muestra fotográfica de cuerpos vestidos como ella y,
aunque ninguna persona se transformó por tener puesta su ropa, re-
forzó la demostración de lo inmediato que resulta parecer otro y ser
una corrosión a la regla. La exposición estuvo exhibida en las paredes
de Casa Brandon, un templo de lo *gay friendly*, declarado Sitio de
Interés Cultural de la Ciudad de Buenos Aires.

Por otro lado, desde las periferias no solo del género sino tam-
bién de las geografías, las etnias y los colonialismos, Susy Shock, otra
argentina que se llama a sí misma artista “trans sudaca”, de padre
pampeano y madre tucumana, autora, entre otros libros, de *Poemario
transpirado* (2011) dice: “Reivindico mi derecho a ser un monstruo/
Mi derecho a explorarme, a reinventarme. Hacer de mi mutar mi no-
ble ejercicio” (citada en Máximo, 2012).

Mientras la vemos entonar sugestivas canciones “bagualas vidalas”
–como ella las llama– junto a sus nietos, podríamos recordar que su
casa no es una casa heteronormal, puesto que convive con Eduardo, su
pareja desde hace 22 años; Mauricio, su pareja desde hace 8; y Anahí,
la hija que tuvo hace 22 con Ede, la mujer que fue su compañera cuan-
do era un hombre. Susy está casi al margen de la ley de identidad de

género porque no es varón ni mujer, es “Trans: transeúnte del devenir”, dice, y excluida del matrimonio igualitario, primero por ideología y segundo por poligamia” (citada en Máximo, 2012).

Susy Shock es la prueba viviente de que *queer* no es moda, no es pose, no es *cool* y, sin embargo, hasta lo más revulsivo y lo más irri- tantemente cuestionador puede ser vuelto parte del sistema y mer- cancia para consumir. Así, muchos de los teóricos y activistas *queer* ya denuncian el vaciamiento de contenido de varias de sus reivin- daciones, que rápidamente se vuelven eslóganes, destinados a captar un nuevo y rentable nicho de mercado.

Resumen

El trabajo se propone pensar e interrogar qué cuerpo sexual es- tamos pensando, hablando y escuchando hoy en día desde el psi- coanálisis. Problematizar los conceptos binarios de hombre/mujer, masculinidad/femineidad, supuestamente marcados por una ana- tomía que actuaría como destino, a la luz de los planteos del cuer- po como construcción. A la vez, atender a la impugnación de las categorías y la ambigüedad del “género fluido” que sostienen con- ceptualizaciones tales como la teoría y el activismo *queer*. A partir de un par de situaciones clínicas y de algunos ejemplos artísticos se intenta dar visibilidad a lo que interpela al psicoanálisis desde la sexualidad contemporánea, poniendo en tensión las conceptualiza- ciones clásicas acerca de Edipo y castración.

Descriptor: *Género, Cuerpo, Deseo. Candidato a descriptor:* *Diferencia sexual anatómica, Castración.*

Abstract

The purpose of this paper is to reflect and inquire about what kind of body we listen to, speak to and think about nowadays in Psy- choanalysis. Taking the body as a construction, the idea is to ques- tion the binary concepts of man-woman, masculinity- femininity, male-female, supposedly marked by an anatomy that would act as a form of destiny. It also considers the challenge of categories and the ambiguity of “fluid gender” that is sustained by the Queer theory and activism. Using a couple of clinical vignettes and some artistic examples, the article attempts to give visibility to the questioning of Psychoanalysis and its classical conceptualizations of Oedipus and castration, by contemporary sexuality.

Keywords: *Gender, Body, Desire. Candidate to keyword:* *Ana- tomic sexual differences, Castration.*

Referencias

- Allouch, J. (1999a). Editorial. *Litoral*, 27.
- Allouch, J. (1999b). Para introducir el sexo del amo. *Litoral*, 27,47-124.
- Allouch, J. (2009). *El sexo del Amo: El erotismo desde Lacan*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Allouch, J. (2015). Despatologizaciones. En J. Allouch, J. Amicola, S. Bercovich, L. Bersani, A. Cangi, U. Dutoit et al., *El cuerpo queer*. Buenos Aires: Letra Viva.

- Barrios, F. (2015). Texto curatorial. *Arte degenerado*. Montevideo: Fundación Engelman Ost.
- Barrios, F. (2016). *Derivas sur, performance textual*. En C`estpas sur, Coloquio Sur, La idealización de Europa. México: Ecole lacanienne de psychanalyse.
- Butler, J. (2000). Imitación e insubordinación de género. En J. Allouch, D. Halperin, J. Butler, E. K. Sedwick, H. Abelove, C. Lévi-Strauss et al., *Grafiás de Eros*. Buenos Aires: Edelp.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Gil, D. (2011). *Elogio de la diferencia*. En D. Gil, *Errancias*. Montevideo: Trilce.
- Halberstam, J. (2015). El giro antisocial en estudios queer. En J. Allouch, J. Amicola, S. Bercovich, L. Bersani, A. Cangi, U. Dutoit et al., *El cuerpo queer*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Lacan, J. (2008). *El seminario de Jacques Lacan, libro 16: De un Otro al otro*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1968-1969).
- Máximo, M. (2012). Fluidos trans: Arte y performance queer. *Anfibia*. Disponible en: <http://www.revistaanfibia.com/cronica/fluidos-trans-arte-y-performance-queer/#sthash.c5MjsOoM.PjYy9Jgh.dpuf>.
- Melenotte, G. H. (2004). *Sustancias del Imaginario*. París: Epel.
- Núñez, S. (2008). *El miedo es el mensaje*. Montevideo: Amuleto.
- Preciado, P. B. (2008). *Testo yonqui*. Madrid: Espasa Calpe.
- Preciado, P. B. (2009). “Queer”: historia de una palabra. *Parole de Queer*. Recuperado de <http://paroledequeer.blogspot.com.uy/2012/04/queer-historia-de-una-palabra-por.html>.
- Preciado, P. B. (2015). La revolución que viene: luchas y alianzas somatopolíticas Sicilia Queerifest. [Archivo de video]. Disponible en <https://youtu.be/lltqAFSVZvA>.
- Shock, S. (2011). *Poemario transpirado*. Buenos Aires: Nuevos Tiempos.
- Sibila, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Soler, C. (2010). El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan. Disponible en <https://agapepsicoanalitico.files.wordpress.com/2013/07/colettesoler-elcuerpoenlaensenanzadejacqueslacan.pdf>